

# Diez horas

## Cynthia Nevarez

Un muchacho moreno y apuesto de diecisiete años enamorado de una muchacha rubia y pícara de catorce años deciden juntarse; como en México se dice: “se la robó”. Dos jóvenes, con una vida de adultos, manteniendo a sus familias, deciden que la solución es “casarse”. Sí, esa niña me llevaba en el vientre, y ese muchacho es mi padre; juntos decidieron cruzar la frontera.

Mis padres, jóvenes los dos y de familias humildes, pensaban que todo lo que necesitaban era un poco de billetes. Por esa razón decidieron cruzar a los Estados Unidos por primera vez. Mi padre quería trabajar sólo una temporada para poder construir su casita en México. Una tía de mi papá les ayudó a pasar por el primer chequeo escondidos detrás de los asientos de una troca. De allí un señor, se suponía, los iba a pasar por el segundo chequeo, pero los echó en un camión. Claro, la inmigración paró el camión y mis padres, rojos de la pena y temblorosos de miedo, fueron detenidos. En ese entonces mi madre me cargaba en el vientre. Mi mamá me dice que los oficiales fueron muy buenos. Por estar embarazada, dejaron que mi papá se quedara con ella y les dieron merienda. Los policías nada más se burlaron de ellos al ver que entre mi madre y padre traían \$800; los oficiales les decían que entonces para qué querían ir a los Estados Unidos si ya venían cargados. Decididos a cruzar, al siguiente día que fueron dados de alta, lograron pasar por el chequeo cuando los oficiales estaban en cambio de turno.

Mis papás todavía niños, decidieron devolverse a Chihuahua, pero vieron que no era fácil una vida en México después de habernos concebido a mí y a mi hermana cuando estaban en los Estados Unidos. Por eso, estos dos mocosos decidieron volver a cruzar por el desierto con unos amigos. Mi madre de nuevo venía embarazada de la tercera bebé. Cruzaron por el desierto caminando un julio a las doce de la tarde por diez horas. Ellos corrían con miedo, pero a la misma vez con esperanza para algo mejor. Esta segunda vez que cruzaron, la policía los veía acostados en la tierra, escondiéndose, y les decían por un micrófono: “Miren, muchachos, bien que saben que los veo, entonces regrésense”. Mis padres y la gente con quien cruzaban se devolvieron a esperar cambio de patrulla para cruzar otra vez. Mi mamá no podía, y me cuenta que le decía a mi papá: “Ya déjame aquí, Uriel. La inmigración me va a recoger”. Al fin lograron llegar a la casa donde estábamos mi hermana y yo esperando en los Estados Unidos ansiosamente.

La adaptación a los Estados Unidos fue dura para ellos. Recuerdo ver a mi padre afuera en la nieve arreglando carros sin guantes para poder ganar un poco de dinero. O mi madre en casa limpiando y arreglando el apartamento cuando ni muebles teníamos. Una de las historias que me fascina es la que me cuenta mi mamá: “Cuando llegamos no teníamos nada. Entonces un día íbamos manejando y vimos que unos señores dejaron una vajilla de sartenes en una segundita y nosotros luego, luego vamos y la apapenamos”.

Eran unos chavalillos con la ilusión de tener una vida mejor, no solamente para ellos, sino para los hijos que venían en camino: yo, mis dos hermanas menores y mi hermano menor. Mis padres sufrieron de no tener qué comer y de tener que dormir en el piso de tierra. Son ahora dos grandes personas que merecen lo mejor de la vida. Estaré eternamente agradecida por los sacrificios y esfuerzos que mis padres han hecho desde temprana edad.